



Los primeros apologistas mencionan las actas de Pilato, pero no se pueden considerar como tales las que todavía subsisten, una copia de las cuales se conserva en la biblioteca del rey en París, y otra sacada de un código colbertino, fué publicada por Fabricio (1).

El *Evangelio de la infancia de Cristo* es un cúmulo de milagros verificados por el Redentor siendo aún niño, y que si fuesen verdaderos, quitarían todo lo que tiene de sorprendente la prodigiosa propagación de la verdad, y sólo admiraría que presentado aquél entre los suyos no fuese por ellos reconocido (2). José (así se refiere allí) iba por la ciudad, y llevaba consigo á Jesús, siempre que era llamado para obras de su arte (3), para hacer cubos ó cribas, ó ventanas ó cajas; y cuando las obras de José eran demasiado largas ó cortas, anchas ó estrechas, extendiendo sobre ellas la mano Jesús, hacia que fuesen justas. Un día lo llamó el rey de Jerusalem y le dijo: «Quiero, oh José, que me hagas un trono para sentarme.» José obedeció, y habiéndose puesto al instante á la obra, permaneció dos años en el palacio hasta que terminó su trabajo; pero cuando lo colocó en su sitio, faltaban dos palmas para la medida prefijada, por lo cual se encolerizó mucho el rey, y temiendo José su cólera, se acostó sin haber cenado. Y respondió á Jesús que le preguntaba la causa de su inquietud: «Porque he

prope æstantem pertimuissem, fortasse adhuc nobis ille vir viveret. Etsi tuæ magis dignitatis fide compulsus quam voluntate mea adductus, pro viribus non restiterim sanguinem justum totius accusationis immunem, verum hominum malignitates inique in eorum famam, ut Scripturæ interpretantur, exitium pati et venundari. Vale. Quarto Nonas Aprilis.»

(1) *Codex apocryphus Novi testamenti*, Hamburgo, 1703.

(2) Además son desmentidos formalmente por San Juan, cuando dice que el primer milagro ejecutado por Cristo fué el de las bodas de Caná.

(3) En el *Evangelio de San Marcos*, VI, 3, se llama artesano á Cristo, ó τεκτον, aún cuando algunos códices dicen *el hijo del artesano*, ó τοῦ τεκτονος, como en San Mateo, XIII, 55. San Justino mártir refiere que se tenían arados, yugos y otras cosas τεκτονικὰ ἔργα de mano de Jesús (*Dial. cont. Trifon*), y habiendo preguntado Libanio á un pedagogo ó cristiano qué hacia el hijo del artesano, ó τοῦ τεκτονος, le fué contestado: *Fabrica el féretro para Juliano*, Teodoro, *Hist.*, III, 23.

perdido el trabajo de dos años enteros,» á lo cual le dijo Jesús: «Ten ánimo, y no te dejes abatir; tú tomarás de un lado este solio, yo del otro, y lo estiraremos hasta que tenga la justa medida.» Y habiéndolo hecho José como Jesús le había dicho, y estirando cada uno mucho de su lado, obedeció el trono, y alcanzó á la medida precisa. Viendo este prodigio los asistentes, se sorprendieron y alabaron al Señor (1).

Entre semejantes niñadas, y entre milagros inútiles y reflexiones estúpidas, se encuentran, sin embargo, páginas llenas de un afecto desconocido en la literatura clásica; creeriase que se oyen los lamentos de Sacontala en aquel pasaje del *Protoevangelio*, en el cual Santa Ana, madre de María, desconsolada por su esterilidad, alza los ojos á un laurel, ve un nido de gorriones, y llora pensando que no puede compararse con estos pajarillos, «los cuales sin embargo, son fecundos en presencia del Señor, ni á los animales terrestres, ni siquiera á estas aguas ni á esta tierra que son fecundas, y te alaban, oh Señor.»

María Magdalena, la pecadora, á quien se perdonó mucho porque había amado mucho, se confunde en este *Evangelio* con la hermana de Lázaro y de Marta, y con la que acompañó á la Virgen Madre al Calvario, y para que á sus errores siguiere una gran expiación, se refiere que se había retirado á una gruta de Provenza, entregándose á todos aquellos rigores y á aquella devoción que podía sugerirle su penitente amor.

Los doce apóstoles, compañeros de dolor y depositarios de la doctrina de Cristo, se extendieron por las más remotas regiones á predicarla. De sus viajes no se tuvo noticia cierta, pero son en cierto modo prodigiosos: empresas atrevidas, intrépidas predicaciones, sostenidas por milagros ruidosos, excursiones á las islas del mar y á las tierras bárbaras. Andres recorre la Alta Asia; Pablo hace penetrar el *Evangelio* en ciudades llenas de estudiantes y de retóricos; Mateo penetra hasta el país de los Etiopes; Felipe hasta el de los Escitas, y Bartolo-

(1) *Evangelium infantie*, XXVIII, 29.



mé en las Indias más allá que Alejandro. En el mismo seno del imperio se insinúa la fe en el palacio de los Césares y el turgorio de los esclavos, y triunfa en el Sanedrín y en el Areópago. Pablo, doctor de las gentes, trabaja con sus manos para vivir; el pescador Pedro va á Roma á combatir á un sofista y á un tirano, y establece la sede futura de sus sucesores junto al palacio de Tiberio. ¿Qué campo para las imaginaciones piadosas, tanto más libre cuanto que la vida de cada uno había estado ménos mezclada en los acontecimientos auténticos del *Evangelio*! (1)

Mucho hablaron los hebreos de los sucesos de la Virgen María. En el Talmud se la llama muchas veces una peñadora de mujeres. En dos historias de Cristo compuestas por judíos con el título de *Sepher toledoth Jeschu* (libro de las generaciones de Jesús), José Pander de Belen se enamora de una jóven peluquera llamada Mirian, mujer de Jocanan, y habiéndola sorprendido y fingiéndose su marido, abusa de ella, á consecuencia de lo cual dió á luz un niño llamado Jeoscuca. Educado éste por Elcanan, hace progresos en las letras. Un día, estando sentados á la puerta varios ancianos, pasaron delante de ellos dos niños, uno de los cuales se cubrió, y el otro se descubrió la cabeza, y Eliazar dijo de aquel que de mala manera y contra la buena crianza se había cubierto la cabeza, que era bastardo. Fué, pues, á buscar á la madre de este niño, á la cual encontró en la plaza vendiendo legumbres, y resultó que no solamente era espúreo, sino hijo de una mujer inmunda. Los ancianos hicieron publicar al són de trescientas trompetas cuán impuro era su nacimiento. Huyó, pues, á Galilea, pero volviendo luégo á Jerusalem, se introdujo en el templo, aprendió y sustrajo el nombre de Dios, y lo escribió en un pergamino; despues se abrió sin dolor un muslo y ocultó aquél en la herida. Con el inefable nombre de *Scheemhamephoras*, hizo innumerables pro-

(1) Véase Abdias, *Historia certaminis apostolici*. Acaso es una colección, ciertamente antigua, de las tradiciones más antiguas respecto de los apóstoles. Véase también Em. Grabe, *Spicileg. Patrum primi sæculi*. Oxford, 1698.

digios. Condenado á muerte por el Sanedrín, fué coronado de espinas, azotado y apedreado: quisieron ahorcarlo de un madero; pero todos los maderos se rompieron, porque él los había encantado. Los sabios fueron á buscar una gran col, que no es madera, sino hierba, y en ella le colgaron.—Tan pobres historias oponían los judíos á la sencilla majestad de la narración evangélica.

Nos queda el antiquísimo libro de la *Muerte de María Virgen* (1), el cual aún cuando fué

(1) *De transitu beatæ Mariæ virginis*. Se reimprimió en el tomo II de la *Biblioteca de Santos Padres*, página 163, en París. Fueron rechazados como apócrifos treinta y nueve evangelios: 1.º el evangelio de los Hebreos; 2.º el evangelio de los Nazarenos; 3.º el de los doce Apóstoles; 4.º el evangelio de San Pedro, que es el de San Mateo, alterado por los cristianos judaizantes; 5.º el evangelio de los egipcios; 6.º los tres del nacimiento de la bienaventurada Virgen; 7.º el evangelio de Santiago, en griego y latín, atribuido á Santiago el Menor; 8.º el evangelio de la infancia de Jesús, en árabe y griego, lleno de milagros verificados por el Redentor antes de tener doce años; 9.º el evangelio de Santo Tomas, semejante al anterior; 10 el evangelio de Nicodemus, en hebreo, escrito posteriormente por los ingleses, que pretenden haber recibido la fe de Nicodemus; 11 el evangelio eterno, obra de un fraile del siglo XIII, que pretendía sustituirlo al verdadero, así como había sustituido el verdadero á la antigua ley; 12 el evangelio de Andres, y 13 el de Bartolomé, condenados por el papa Gelasio; 14 los de Apéles; 15 los de Basíldes; 16 los de Cerinto; 17 los de los Ebionitas; 18 los de Tasiano ó de los Eucratistas; 19 el de Eva; 20 el de los gnósticos, para uso de su secta; 21 el de Marcion, que es una corrupción del de San Lucas; 22 el de San Pablo, semejante al anterior; 23 las pequeñas y grandes interrogaciones de María, obra de los gnósticos; 24 el libro del nacimiento de Cristo; 25 el evangelio de San Juan, ó sea de la muerte de la Virgen María; 26 el de San Matías, obra de los Carpocracianos; 27 el evangelio de la perfección, escrito por los gnósticos; 28 el *gevangelio* de los simonianos, escrito por los discípulos de Simon el Mago, para contradecir á los profetas y negar la creación; 29 el de los sirios; 30 el evangelio de Taciano; 31 el de Tadeo ó de Júdas; 32 el de los valentinianos; 33 el evangelio de vida, ó sea del Dios vivo, obra de los maniqueos; 34 el evangelio de Felipe, también de los maniqueos ó de los gnósticos; 35 el de Bernabé; 36 el de Santiago el Mayor, encontrado en 1595 en una montaña de Granada, con diez y ocho libros en láminas de plomo; una misa de los Apóstoles con su ceremonial, y una historia evangélica, condenados por Inocencio XI en 1682; 37 el evangelio de Júdas Iscariote, compuesto por los cainitas; 38 el evangelio de la verdad, por los valentinianos; 39 los evangelios de



considerado por el papa Gelasio como apócrifo, sin embargo, los predicadores y colectores de anécdotas y los artistas tomaron de allí la muerte terrena y la asunción de la Madre de Jesús, la cual, según este libro, se retiró sola á casa de sus padres al pié del monte de las Olivas, y orando y meditando pasó los días que le faltaban para reunirse con su divino hijo.

El año XXII despues de la resurrección de Cristo, dice el libro á que nos referimos, estaba retirada y sola María en lo más recóndito de la casa, y lloraba esperando el momento que habia de reunirla con su hijo, cuando se le apareció un ángel vestido de una túnica de luz, y poniéndosele delante le dijo: «Salve, oh Virgen bendita del cielo. Recibid el saludo del que ha venido á traer la salud á los patriarcas y profetas. Ved que os traigo del cielo una palma. La haréis llevar delante de vuestro fétro, cuando vuestra alma dentro de tres días haya abandonado este mundo. Porque vuestro hijo os espera con los tronos, con los ángeles y con las virtudes del cielo.»

«Yo os ruego (dijo María) que todos los apóstoles puedan reunirse conmigo en tal momento.»

«Y el ángel respondió: «Hoy mismo, por poder del Señor, todos los apóstoles vendrán á vos sobre las nubes.»

«María repuso: «Benedicidme, á fin de que las potencias del infierno no se me opongan cuando mi alma salga del cuerpo, y que yo no vea al príncipe de las tinieblas.»

«Las potencias del infierno no os causarán mal,» replicó el ángel; y diciendo así, desapareció en medio de un gran esplendor. Y la palma que habia traído derramaba gran luz.

Lucio, Luciano, Seleuco, Esiquio, etc. Algunos de estos son muy semejantes entre sí. Publicáronse además los hechos de Pedro y Pablo, y los de Santa Tecla, de Santo Tomas, de San Andrés y de San Felipe; los cánones de los Apóstoles, los reconocimientos de San Clemente, la correspondencia de San Pablo con el filósofo Séneca, y la del rey Abgar.

Puede consultarse á J. Alberto Fabricio, *Codex apocryphus Novis testamenti*, Hamburgo 1703, el cual enumera cincuenta evangelios apócrifos (pág. 355), y mejor todavía la *Nueva colección de los apócrifos*, hecha por C. Thilon, profesor de Haya. Leipzig, 1832.

Entonces María, habiendo abandonado los vestidos que llevaba, se puso otros más hermosos. Salió despues llevando en la mano la palma que el ángel le habia traído; se trasladó al monte de las Olivas, y allí se puso en oración. «Dios mio (dijo) nunca hubiese sido digna de recibiros en mi seno, si no hubieseis tenido piedad de mí. Sin embargo, yo velé fielmente sobre el tesoro que me habiais confiado. Por eso os ruego, oh rey de la gloria, que me protejais contra las potencias de las tinieblas. Si los cielos y los ángeles tiemblan en vuestra presencia, ¿cuánto más débil es esta criatura, que no tiene de bueno más que lo que habeis puesto en ella?»

«Terminada esta oración, se levantó María y se volvió á su casa. Era cerca de la hora de tercia, y predicando en aquel instante San Juan en Efeso, se sintió de pronto un gran terremoto: una nube ocultó al apóstol á todas las miradas, y le trasportó á la casa de María. Al verle, llena de alegría la Madre del Salvador, exclamó: «Hijo mio, acuérdate de las palabras que te fueron dichas desde la cruz cuando Él me recomendó á tí. Pronto moriré. He oído decir á los hebreos: «Esperemos el día en que muera la Madre del seductor, y quemaremos su cuerpo en las llamas.»

Prosigue la leyenda diciendo de qué manera dió sus últimas disposiciones al apóstol, y cómo en tanto acudieron de las regiones más lejanas los demás apóstoles conducidos en nubes y se reunieron con ellos los cristianos de Jerusalem y las vírgenes que acompañaron á María en su soledad. Allí descansaron y pasaron tres días consolándose unos á otros, refiriéndose sus trabajos, y las noticias respecto del progreso de la fe. Pero el tercer día hácia la hora de tercia, descendió el sueño sobre todos los que estaban en la casa, y ninguno pudo quedar despierto, excepto los apóstoles y tres vírgenes, compañeras fieles de la Madre de Dios. Entonces Jesús apareció en medio de un coro de ángeles y serafines. Los ángeles cantaban un himno á la gloria del Salvador, y una gran luz llenaba la casa. En este momento habló Jesús, y dijo: «Ven, amada mia, mi perla preciosa; entra en el tabernáculo de



»la vida eterna.» Al oír María esta voz se arrojó al suelo, adoró al Señor y exclamó: «Bendito sea vuestro nombre, oh rey de la gloria, oh Dios mio, porque os dignasteis elegir vuestra sierva entre todas las mujeres para verificar la redención del género humano. Yo, tierra y sangre, no era digna de este honor; pero vos habeis llegado á mí, y yo dije: «Hágase vuestra voluntad.» Habiendo dicho así, se levantó María, se acostó en la cama, y entregó el alma murmurando acciones de gracias. En tanto los apóstoles oían las palabras, pero no veían más que la luz deslumbradora que llenaba la casa, y cuyo indecible resplendor superaba en blancura á la nieve, y en brillo á los más relumbrantes metales.»

Sigue la leyenda refiriendo cómo acogió Cristo en el cielo á su Madre, mientras que en la tierra las tres Marias preparaban su cuerpo para la sepultura, entre el canto de los apóstoles que hacían resonar el valle de Josafat con el salmo *In exiit Israel de Egypto* (1).

(1) Conocemos tres cartas, atribuidas á la Virgen María. La primera, con la de San Ignacio que la dió origen, es de fecha antigua, pero no de reconocida autenticidad. Dice así:

«Christiferae Mariae suus Ignatius.

Me neophytum, Johannisque tui discipulum consortare et consolari debueras. De Jesu enim tuo percipi mira dictu, et stupefactus sum ex auditu. A te autem quae semper ei fuisti familiaris et conjuncta, et ecretorum ejus conscia, desidero ex animo fieri certior de auditis. Scripsi tibi etiam alias, et rogavi de eisdem. Valeas: et neophiti, qui mecum sunt, ex te et per te et in te confortentur. Amen.»

Respuesta de la Virgen.

«Ignatio dilecto condiscipulo, humilis ancilla Christi Jesu.

De Jesu quae à Johanne audisti et didicisti, vera sunt. Illa credas, illis inhæreas, et christianitatis susceptæ votum firmiter te neas, et mores et vitam voto conformes. Veniam autem una cum Johanne, te et qui tecum sunt visere. Sta in fide, et viriliter age; nec te commoveat persecutionis austeritas; sed valeat et exultet spiritus tuus in Deo salutari tuo. Amen.»

Un obispo mesines presentó en ocasión de una epidemia una carta, que pretendía haber dirigido la Virgen María á Mesina, y que aún obtiene gran veneración. Aun en tiempos muy antiguos se encuentra hecha mención de ella; pero la crítica tiene demasiadas cosas que decir sobre el particular, y la sagrada congregación del Índice señaló los libros en que está dema-

Toda la ascendencia de Cristo debía ser también un milagro. Mil años despues del pecado original, trasladó Dios al jardín de Abraham el árbol de la vida, y le dijo que de su flor saldría un guerrero, que sin concurso de mujer daría al mundo la madre de una virgen, á la cual elegiría Dios por Madre. En efecto, respirando los perfumes de aquel árbol una hija de Abraham quedó fecundada; para afirmar su inocencia entró en una hoguera ardiendo, y los tizones se convirtieron en lirios y en rosas. De ella nació un hijo que llegó á ser rey y emperador, y poseyó el árbol de la vida sin conocer sus propiedades. Sabia, no obstante, cuán útil era á los enfermos, por lo cual cortó un fruto en varios pedazos, y despues secó el cuchillo en su muslo. ¡Pero oh maravilla! El muslo del emperador Fanel engruesó, y ni médicos ni prácticos sabían adivinar el mal, hasta que salió de él una graciosa doncella. Inmediatamente comisiona á un hombre de su confianza para que la lleve á los bosques y la mate; pero en el acto de obedecer, preséntase una

siado absolutamente declarada su autenticidad. Véase aquí:

«María Virgo, Joachim filia, humillina Dei ancilla, Christi Jesu crucifixi mater, ex tribu Juda, stirpe David, Messanensibus omnibus salutem, et Dei Patris omnipotentis benedictionem.

Vos omnes, fide magna legatos ac nuncios per publicum documentum ad nos mississe constat. Filium nostrum, Dei genitum, Deum et hominem esse fatemini, et in cælum post suam resurrectionem ascendisse, Pauli apostoli prædicatione mediante viam veritatis agnoscetes. Oh quod vos et civitatem vestram benedicimus, cujus perpetuam protectricem nos esse volumus. Anno filii nostri XLII, III nonis julii, luna XVII, feria quinta, ex Hierosolymis.

María Virgo.»

Esta carta manifiesta que se dirigió por la Virgen aún viva; pero la tradición del país la supone enviada desde el cielo.

Fray Jerónimo Savonarola reconocía como auténtica la carta de María á los Florentinos de inmemorable antigüedad; pero la Iglesia y la crítica dudaban mucho de ella, como de las precedentes, tanto más, cuanto que consta que sólo el año 65 de Cristo fué informada Florencia de la verdad por Paulino y Frontino, discípulos de San Pedro. Así dice esta:

«Florentia, Deo et Domino nostro Jesu Christo filio meo, et mihi dilecta. Tene fidem, insta orationibus, roborare patientia. His enim sempiternam consequeris salutem apud Deum.»



paloma que disuade al caballero, prediciéndole que de aquella procedería la Madre de Dios. Colocó, pues, á la niña en un nido de cisnes; Dios cuidó de ella, y un ciervo la crió, de modo que á los diez años era una doncella formada. Cazando un día Fanel vió al ciervo, lo persiguió é hirió, y descubrió el nido de la jóven, la cual le significó que ella era el fruto de su muslo. Admirado y contento, se la llevó consigo, y la casó con Joaquin, caballero de su imperio, del cual nació María.

Marta, hermana de Lázaro, mujer de su casa, que á la contemplacion preferia la actividad, fué con su resucitado hermano á convertir gentiles, y arrojada á las costas de Marsella, domó un monstruo, hijo del Leviatan y de un onagro, volviéndolo dócil como un cordeiro, y de su nombre, que era Tarasco, tomó nombre una ciudad que allí se levantó.

Longinos, centurion que traspasó el costado de Cristo, reconoció que éste era verdaderamente hijo de Dios y salió á predicar la fe y la resurreccion. Una órden de Roma obligó á Pilato á perseguirlo como desertor, pero él mismo se presentó á los soldados que fueron á buscarlo, y aun cuando éstos agradecidos á la hospitalidad, se negaron á matarlo, los indujo á darle la palma del martirio.

La mujer piadosa que enjugó el rostro de Cristo paciente fué por las cercanías enseñando su imágen y verificando maravillosas conversiones. Prócula, prudente mujer del vil próconsul romano que por política profirió la sentencia de Cristo, habia disuadido á Pilato de aquella iniquidad; sostuvo despues el valor de su marido cuando los milagros ocurridos á la muerte del Salvador le traian agitado; y cuando despues, segun la tradicion, fué llamado á Roma, y en seguida desterrado á Viena en el Delfinado, Prócula le siguió, y logró en fin convertirlo á la verdad.

Así, el pensamiento de los cristianos no cerbaba los tesoros de la misericordia ni aun al juez que habia condenado á Jesús: hasta el mismo Júdas tambien, á cuyo arrepentimiento habia cerrado todos los caminos la desesperacion, encontraba un descanso en el infierno, diciéndose que era consolado de sus penas todos

los domingos, y desde la Navidad hasta la epifania, y despues desde la Pascua hasta Pentecostés.

Uno de los personajes de más importancia en las tradiciones, principalmente en los tiempos de la caballería, es José de Arimatea. Consta solamente en el Evangelio que fué de la tribu de Efraim, uno de los principales ciudadanos de Jerusalem, que asistió al juicio de Cristo, pero sin tomar parte en la inicua sentencia; que despues de la crucifixion, quitó de la cruz al divino Redentor, y sepultó su cuerpo. Sobre esta sencilla trama forjó la tradicion que despues de la resurreccion de Cristo abandonó José la ciudad natal, impulsado por el espíritu divino, y fué anunciando el Evangelio á las islas occidentales. Despues que San Felipe le hubo impuesto las manos, arrostró peligros y dificultades, llegó á Inglaterra, la convirtió, fundó iglesias, obispados, y mantuvo con éstos larga correspondencia cuando fué llamado al continente. Otros añadieron que llevaba consigo el vaso en que Cristo consagró el vino en la última cena, y en donde despues José recogió la sangre que se derramaba de las venas del Salvador. Lo llamaban el San-Graal (*Sangre real*), y pronunciaba oráculos que se presentaban escritos en sus bordes para desaparecer despues; además de que teniéndole no habia necesidad de alimento terrenal, curaba las heridas, y conservaba eterna juventud al que lo poseia.

Para custodiar este tesoro, instituyó José una órden de caballería; pero con su muerte concluyó, y los ángeles se llevaron al cielo el santo vaso, hasta que reapareciese un linaje de héroes dignos de consagrarse á su guardia y á su culto. Consideróse tal la familia del príncipe asiático que Perilio, que fué á establecerse en el país de Gáles, y con ella principia una larga serie de grandes maestros, famosos por sus aventuras caballerescas.

La maldicion del pueblo que habia atraído sobre su cabeza la sangre del justo, fué representada en una de las leyendas más populares y al mismo tiempo más simbólicas de las tradiciones apócrifas, la del Judío errante. Asawero es la personificacion de aquella raza



que, desde el momento en que renegó del hijo del hombre que habia nacido en medio de ella, fué destinada á errar perpetuamente por la superficie de la tierra, y á arrastrar por todos los países una vida sin término ni consuelo.

El año... pero el año no importa, porque todos los siglos quisieron atribuirse el hecho, viajaba el obispo de Schleswig por Wittemberg, en direccion á Hamburgo, para ver en la pequeña ciudad de Salem á Francisco Eysen, su amigo teólogo y hombre de ingenio. Despues de los cumplimientos de alegría y cortesía, invitó Eysen á su amigo á la predicacion del lunes próximo que era la Epifania. Fué allí el obispo de Schleswig, y paseando los ojos por el inmenso auditorio, descubrió á un anciano, con larga barba blanca, que parecia prestar atento oído á la predicacion, y siempre que oia nombrar á Jesús, se golpeaba el pecho y gemia. Creyendo el obispo que debia tener alguna gran aficcion, mandó á un siervo que lo llamase. Presentóse el desconocido, y encontrando al obispo en medio de muchos convidados, lloró antes de responder, y conmovido por la cordialidad alemana tomó asiento al lado del obispo, y refirió de esta manera la Odisea judaica (1).

«Yo nací en la tribu de Neftalí el año 3962 despues de la creacion, tres años antes que el rey Hérodes diese muerte á sus dos hijos por órden del emperador Augusto: es mi nombre Asawero; ¡mi padre era carpintero, mi madre costurera, y trabajaba en los trajes de los levitas, bordándolos ricamente. Aprendí á leer y á escribir, y cuando hube crecido me dieron el libro de la ley y de los profetas. Mi padre

(1) Véanse Thilo, *Meletema historie de Judæ immortalis*. Wittemberg 1668.

Schultz, *Disertatio de Judæo non mortali*, Konisberg, 1668.

Anton, *Disertatio in qua lepidam fabulam de Judæo immortalis examinatur*. Helmstadt, 1756.

*Bibliothèque blene*, y Douhaire en la *Université catholique*.

El baron de Tressan hizo en el siglo pasado sobre este asunto una novela burlona y ligera, como era propio de su época; recientemente compuso Edgard Quinet un poema filosófico, haciendo del Asawero una fórmula de filosofía de la historia, y despues Eugenio Sue una vil diatriba.

además tenía uno viejo y grande, encuadrado en pergamino, heredado de sus abuelos, en donde leyó cosas asombrosas, de las cuales conviene que os dé una idea.

«Cuando nuestros progenitores Adam y Eva tuvieron dos hijos, Cain y Abel, creyeron que uno de ellos sería el Mesías, el cual los redimiría del pecado de su desobediencia. Se desvaneció tal esperanza cuando Cain mató á Abel. Lloró durante cien años Adam, que tuvo despues muchos hijos é hijas, y sintiendo aproximarse su fin, llamó á Set y le dijo: «Ve al paraíso terrenal, y pide al ángel Gabriel, que está allí de centinela con una espada de fuego, que me deje entrar todavía una vez antes de morir.»

»Set, que nada sabia de esto, fué allí, encontró al ángel y le dió cuenta de su embajada; pero aquél respondió: «Ni tu padre, ni tú, ni tus descendientes entraréis en el paraíso terrenal, pero sí en el celeste.»

»Así que hubo dicho esto, le dejó descubrir de léjos aquel lugar de delicias en que habian estado sus padres, y en donde habian desobedecido á Dios. Tal admiracion sintió Set, que se puso á llorar; pero el ángel le volvió á llamar y le dijo: «Tu padre debe morir muy pronto: hé aquí tres semillas del árbol prohibido; luégo que haya muerto, colócalas en su lengua y sepúltale así.»

»Fuése con ellas Set, é hizo como le previno el ángel. Allí donde fué sepultado Adam, nacieron tres plantas, que con el tiempo crecieron, y dieron una fruta tan hermosa, que no podia desearse nada más agradable á la vista; teniendo, sin embargo, un gusto amargo y áspero, de manera que ninguno hizo caso de aquellos árboles.

»Cuando nuestros padres fueron conducidos esclavos á Egipto, vió Moisés un monte ardiendo, desde el cual le habló Dios, y de allí tomó la vara con que verificó los prodigios que se leen en la Santa Escritura.

»Llegados que fueron nuestros padres á la tierra prometida, principiaron á construir ciudades y castillos para defenderse de los enemigos. Los árboles de que he hablado estaban aún en su sitio, sobre una montaña donde fué edificada Jerusalem, y quedaron fuera del recinto